

“ADICCIONES: AMOR EFIMERO, GOCE ETERNO”

“QUERENCIAS, ADICCIONES Y
DISTANCIAS OPORTUNAS”

MAYO

2015

“QUERENCIAS, ADICCIONES Y DISTANCIAS OPORTUNAS”

0. PROLOGO: ANA Y PEDRO 0

1. ANA Y PEDRO 1

2. ANA 1

3. QUERENCIAS

4. ANA 2

5. PEDRO 1

6. OPUESTOS

6.1. PEDRO 2

6.2. ANA 3

7. COMER Y BEBER

8. PEDRO 3

9. ANA 4

10. ANA Y PEDRO 2

11. AJUSTES Y DESEOS: ANA Y PEDRO 3

12. OBJETOS Y DESEOS: ANA Y PEDRO 4

13. NOTAS FINALES

14. EPILOGO: ANA Y PEDRO 5

BIBLIOGRAFIA

0. PROLOGO: ANA Y PEDRO 0

- Ana y Pedro no se quieren, tampoco se odian, no hay indiferencia entre ellos, y todo por un pequeño detalle: no se conocen, no saben el uno del otro. No es sólo el azar quien los ha reunido, tampoco la carne o el espíritu, sino los afanes (que les son extraños) de quien esto ha escrito. Aunque también ha contribuido a ello nuestro “Symposium”: al fin y al cabo en el Banquete/Simposio se come, se bebe, y se ama. Y de esos placeres y padeceres algo saben Ana y Pedro.

1. ANA Y PEDRO 1

- Ana quiere a Juan, quiere comer chocolate, quiere a su padre, también a su madre –al menos por períodos-, quiere lograr éxitos en su trabajo, quiere visitar la montaña, quiere contemplar esos paisajes..., demasiadas querencias, demasiada diversidad de objetos y verbos que se hacen acusativos de esas querencias; polisemia en resumen.
- Pedro quiere a su esposa, y odia a su esposa, desprecia y –en ocasiones- también odia a Antonio, a Jon y a su jefe. Se dice indiferente a muchos de sus conocidos “por su mediocridad”, y sin embargo tiene en más que alta estima sus comentarios o consideraciones. Querencias positivas, odios e indiferencias parecen solaparse, confundirse.
- Como en las barracas, atracciones de feria, en laberintos de espejos, las palabras confunden y se confunden; una mirada al suelo hacia abajo, o hacia arriba en dirección al techo tal vez nos orienten, pero ¿dónde se encuentran suelo y techo?.
- Pedro y Ana, Ana y Pedro, son términos que nominan dos supuestas entidades con consciencia de esa individualidad (es lo que las define, como en el teatro donde es la escena y no lo que ocurre entre bambalinas quien nos interesa). Individualidad ilusa, incluso engañada, según los argumentos que la justifican: pero con la certeza de la peligrosidad al cruzar la carretera atosigada de vehículos, con la evidencia de un cuerpo que simultáneamente se tiene y se vive.
Ana y Pedro se ofrecen como la resultante de lo que son y de lo que no son (es decir: de lo que son sus figuras significativas). Puercoespines que tienen que ejecutar sus querencias en aproximaciones que no agredan y pinchen, y que

buscan alejarse necesitando a la vez con vigor esa relación de la que huyen; búsqueda de la distancia oportuna, en resumen.

- Ana y Pedro se desenvuelven en un mundo que los califica de “adictos”, de “dependientes”, están descritos en sus historiales clínicos y en las conversaciones de sus conocidos como tales, etiquetados (nominados y denominados) en torno a su control y descontrol con respecto al alcohol y a la comida. El asunto se sitúa pues, también, en los gestos corporales. Un cuerpo que debe de ser además nominado: únicamente porque Descartes “entendía” el lenguaje verbal y hablaba le encontró sentido –después- al “pienso luego existo”, a cada uno de los términos y a su articulación.
- Como en el juego, Pedro busca diferenciarse: partiendo de similitudes pretende desarrollar diferencias (a la inversa de lo que acontece en el rito – Levi-Strauss). Más que en el dominio de las compulsiones se mueve en el de las impulsiones; por tanto más que en el ámbito de tratar de evitar el dolor, anhela alcanzar el disfrute. Es el dominio, casi selectivo a ultranza, de la pura competencia.
- De manera opuesta, en los frágiles equilibrios, Ana pareciera estar marcada por lo compulsivo, que es tanto como decir por los rituales, en su caso, alimenticios. Para ella los atracones son copias unos de otros. Ana, aunque no saborea, disfruta en el tragar. En ella predominan los movimientos del rito y de la identificación: esta vez, partiendo de diferencias, se dirige en sus meandros a las similitudes.
- En Ana todos los términos familiares se ven precedidos por un potente adjetivo posesivo (“mi” padre, “mi” madre...), al fin y al cabo el amor parece siempre comenzar por un posesivo que puede ser que alcance solubilidad, si se da el caso, en amores más dadivosos.
- En Pedro no es así, habla con distancia, casi extrañeza, de sus supuestos próximos. No es raro que el amor en sus sentidos habituales parezca ajeno a él.
- Aunque el peligro de cosificación nos acecha, seguimos los usos de sustantivar (“querencias”) asuntos que solo se dan como verbos: “yo quiero”, “tú quieres”...
Conviene recordar que el problema –si lo hay-, en nuestros casos, no es el alcohol o la comida, sino el beberlo, el ingerirla; el problema no es, la madre, los hijos, tampoco Pedro o Ana, sino la conjugación de los verbos psicológicos y relacionales.

(Incluso, como nos dice Huneus, sería más útil reflexionar sobre el “cancerear” o el “esquizofrenear” que sobre los nombres comunes o propios. Más que ante la comida y la bebida, nos habremos de encontrar ante verbos del tipo “comidear”, “alcohollear”, y sus múltiples variedades).

2. ANA 1

- Ana es una mujer de 32 años, alta y con un sobrepeso evidente que sin embargo disimula en parte por sus formas anchas. Su físico potente acompaña a un ánimo decidido y a la vez –por momentos- expresivamente afectivo. El recogimiento corporal en sus posturas alterna con gestos más invasivos; también en la relación, el discurso inteligente, racional y abstracto, distante pues, deja paso a un hablar más tímido y, a veces, casi mimoso.
- Gestos y formas, actividad física desbordante y recogimiento más intimista e imaginativo, momentos de “cantar las cuarenta a quien corresponda” y experiencias en que “no sé decir que no”, todos ellos bordes alternantes que la paciente asocia casi caricaturalmente con su familia de origen:
 - El padre, financiero con algún éxito, es un hombre de pasado ganador en su juventud como campeón deportivo y, más tarde, en su vida adulta con una actividad de viajes y responsabilidades “vistosas”.
 - El hermano que le precede ha realizado los mismos estudios que el padre... “todo sucede en mi familia –dice Ana- como si únicamente mi padre y mi hermano hiciesen las cosas importantes”.
 - La madre “siempre atenta a su presencia física”, antigua artista, se ha dedicado después a labores ligadas a los cuidados estéticos: “siempre sonriente; en la familia de mi padre mi madre no tiene fama de lista”.
 - La hermana, la mayor de los hermanos, descrita como “coqueta”, “yéndose fácilmente con los hombres”, y con una profesión que le hace moverse constantemente de un lugar a otro. “En casa, exclama Ana, como estuvo enferma de niña, ha sido la protegida, quien tenía el cuarto más grande”.
“Hasta los 11 años, nos dice Ana, era yo la sombra de mi hermana, luego engordé y mi padre pasó a ser mi admiración”.

- Ana es alguien en general agradable en el trato, dinámica, incluso servicial. Tiene fama de saber querer a la gente, de hecho en períodos “enamorzados” ha visto cómo las eventuales parejas se le van como arena entre los dedos para transformarse en dos variedades relacionales: amigos íntimos o desconocidos. Y eso le ha dolido y le duele.
Ana sabe gustar de los placeres de la mesa, le cuesta evitarlos en el inicio, también interrumpirlos una vez puestos en marcha.
- En encuentros de identificación con ambos padres, Ana entre los 16 y los 20 años ha realizado con éxito el mismo deporte que su padre; después, y aún continúa, ha dedicado buena parte de su tiempo libre a estudios y actividades artísticas. Relaciones de objeto e identificaciones se alternan y se solapan.
- Juegos de posiciones: ser como le gustan las mujeres al padre, “delgadas, cuidadas, que no hablen mucho...”, ser como es el padre, “fuerte, agresivo y reivindicador”.
- “En casa siempre se repite, como una gracia, que de pequeña dije que quería ser gorda como mi padre”.
“¡Qué pena!, me dijo mi madre, con el cuerpo que yo tenía de niña que lo haya estropeado con la gordura; es lo que me dijo el dentista: `tienes dientes perfectos y 15 caries...como si yo tuviera una buena estructura pero lo estropease todo’”.
En otra ocasión vuelve sobre la “estructura”: “nunca he vomitado, yo creo que de otro modo sería como los heroinómanos que todavía se estropean más el cuerpo”.

3. QUERENCIAS

- Unos hacen del amor apertura al otro, al conocimiento, a la relación, fenómeno originario en Scheler o deseo de poseer siempre el bien, lo bueno, la felicidad (Platón). Reducirlo al enamoramiento lo restringe excesivamente aunque seguramente es la forma de amar teóricamente e intuitivamente más clara. Nosotros, ante estas abrumadoras dificultades nos contentaremos con seguir el camino de las querencias. Apego, anhelo de intimidad, amistad, género y ejercicio de la sexualidad se solapan y, dado el tema tratado, se interpenetran, nunca mejor dicho.

- ¿De qué hablamos cuando mencionamos las querencias?. Decían en los tiempos “txikiteros” que algunos captaban que era el mediodía porque tenían un “blanco” (vino) en las manos, la tarde era tema de vinos tintos. Efectos y causas/motivos se suceden y las decisiones de puntuación –o corte- de la sincronía a veces nos distraen y engañan.

Tal vez, en un salto de contenidos, se puede “saber” que se ama, precisamente, porque a “eso” le denominamos amor (yo amo). Al fin y al cabo categorías aprendidas en la cultura lingüística concernida. ¿Pero hay un “eso” diferente a la denominación?. Como cada quién sabe las escuelas se suceden, o coexisten, respondiendo según sus modos a la pregunta.

- Aunque el lenguaje (la lengua como sistema) no se comporte como un agente externo de lo referenciado (la referencia es también cultural, nos recuerda Eco), podemos para los efectos partir de que las querencias (utilizando el término, del mismo modo que en su caso “volición”, por su dimensión activa y temporal) implican en inextricable unión, en su íntimo significado, un sentir que me concierne y un algo intencional desgajado del continuum.

Es así, por ejemplo, que en castellano el “yo te amo” navega –al menos en nuestros tiempos- entre algo que suena a falso, algo que suena teatral o algo de otra época (Carnicer). Pero aunque falte la palabra tampoco es precisa la paráfrasis, porque un “yo te quiero” casi polisémico cumple el papel. Es como si el “yo amo” se restringiese a algunos abstractos que se nos ofrecen como casi fusionales (p. ej. el amor a la patria o a tal o cual ideal).

- Algunas acepciones, o “juegos” (Wittgenstein), creemos que nos permiten distinguir en esta materia una dualidad repetida históricamente de diversos modos (Zuazo, 1):

- La querencia-inclinación (querencia (i)) entendida como “gusto por”, tal vez “placer en o para”.
- La querencia-volición (querencia (v)) expresada en ese querer llevar a cabo algo, un algo que nos incumbe y que pide un hacer. Cargada por la anticipación del gusto, la querencia (v) no se confunde con la volición de tinte más deliberativo (voluntad-intención).

Hay un sentido trivial por el que toda querencia comporta un “me gusta” (“me gusta X”, “o me gusta hacer P, porque, para qué...”), no es a ese sentido al que nos referimos cuando diferenciamos la querencia (i) y la querencia (v).

- No todas las lenguas carecen de denominaciones precisas para estos menesteres, pensemos en la alternativa por ejemplo entre el “je veux” y el “j’aime” franceses.

El episodio deseante completo supondría pues una querencia (i) –“me gusta el chocolate” y una querencia (v) – “quiero comer el chocolate”. Aún en la renuncia, por las razones que sean, la nueva querencia (i) (digamos que porque no quiero engordar) se suma a la nueva –y esta vez negativa- querencia (v).

La merma en las querencias (i) parecen tener que ver con la anhedonia, las caídas de las querencias (v) con la inhibición, y solo más allá con la voluntad-intención.

- De lo dicho discurre que hay querencias (i) que permanecen aisladas (tantas cosas y haceres que me gustan y a los que renuncio antes incluso de aceptar el gesto que su realización implica); mientras que las querencia (v) sino se ofrecen como impulsos, se asocian siempre con querencias (i).

Dualidad esta que es diferente a la del “gustar” (“liking”) en el sentido hedónico y a la de ese “querer” independiente del sujeto consciente (“wanting”) que nos presentan Robinson y Berridge.

Insistimos en que ni una ni otra de las querencias son “haceres”, sino –en todo caso- “querer haceres” o anticipaciones. El hacer propiamente dicho es de otra índole (voluntad-intención).

- Los conflictos de haceres son incompatibilidades o medios-haceres, o distorsiones en el mundo. Los conflictos propiamente dichos conciernen a las querencias, que si son conscientes son nominadas, y únicamente pueden serlo mediante la omnipresencia de analogías y símbolos, puesto que en ellos se suman, como contenidos, los opuestos.

- Tal vez el “me gusta”, la querencia (i), se aprecia como más involuntaria, como algo que brota de la profundidad, en ese sentido la querencia (v) sería la conclusión del empuje inicial. También desde esa perspectiva los conflictos y –consecutivas- preferencias (todo “quiero decisivo” es un “prefiero”, Zubiri) tendrían que ver sobre todo con las querencias (i). El “voy a hacerlo” de la querencia (v) es limitado, puede ser interrumpido. En cualquier caso ambas querencias son empujes desde atrás y (a)tracciones desde adelante.

- Así pues, la querencia (i) parece diluirse en el placer, pero aunque definida por él, no se confunde; ella es nominada como proposición: “me gusta/disgusta algo/alguien...” En la querencia (v) el querer no es simultáneo al placer, éste sigue a su consecución si ella se da, y –siempre- se muestra como anticipación y no afectación inmediata.

- Pero es cierto también que no todo comportamiento (que no todo hacer) es conscientemente cargado por motivaciones placenteras; hago algo y no me veo afectado por placer alguno, incluso puede bañarme el displacer o el dolor, y lo que es más, puede que lo haga sin ni siquiera ser demasiado consciente de lo realizado. Es el camino del “craving”, pero también el de las consecuencias de la deliberación.
- Si el querer (v) no conlleva el querer (i) estamos en el dominio de la voluntad, en una especie de deseo práctico, el gusto está en otra parte, la querencia es entonces “medio para”: Afrodita sin Eros, escribía Plutarco.
Si el querer (i) no conlleva el querer (v) se trata de un anhelo que es pura inclinación sin franca propensión. El deseo propiamente dicho escribíamos conllevaría la querencia (i) y la querencia (v), es afección y también dirección hacia, intencionalidad, teñidas de voluntad.
- Decíamos más arriba que Juan puede querer (i) X sin querer (v) X. Ver, por ejemplo también en francés, la diferencia entre “désirer” et “souhaiter”, en parte superponible a los citados “j’aime” y “je veux”.
Si la creencia tiene condiciones de verdad, el deseo cuenta con condiciones de satisfacción. Si igualamos al deseo con la querencia (i) deja de ser causa desencadenante (Juan “desea” sin tratar de hacer X, e incluso sin querer (v) hacer X).
- Puesto que desear es preferir, siempre está presente el espectro del conflicto. Pero más profundamente, la condición relacional en el ser humano se ejemplifica en la posición hegeliana (Kojève) sobre el objeto del deseo que de algún modo se hace triple: el objeto inmediato de la certeza sensible, el objeto en tanto elemento a destruir puesto que su presencia marca la desigualdad del sujeto consigo mismo, el objeto que al ser también deseado por otro humano permite acceder a la condición de hombre (al ser reconocido como tal por otro ser humano).
- El deseo compite con otros deseos propios en el preferir. El deseo nada en la interacción de una ipseidad con otras, relacionándose pues según los complejos mecanismos de unión y de separación (Zuazo, 2). El deseo humano, además, es anticipación en una atmósfera de cálculos, inferencias e intuiciones cuyo borde y límite es la muerte. Además, el deseo es querencia (i) y querencia (v) en implicación y conflicto posible. Conflictos que no son sino expresión del vivir en tanto que individuo y en tanto que relación, en un mismo movimiento.

- La ausencia o impotencia es en la querencia (i) anhedonia y en la querencia (v) inhibición; cuando el deseo es pleno, con la suma de ambas, se hace una especie de “deseo de deseo”, de querer querer, su merma nos puede llevar desde el aburrimiento hasta la misma muerte pasando por las repeticiones mecánicas.

4. ANA 2

- “Con mi padre, nos dice Ana, las cosas parecen más claras, mi hermana me enmaraña, me pide cosas y creo que hago como mi madre, sacrificarme por los demás, y me da rabia”. Asocia esas vivencias con el “desorden” de los comportamientos pero sobre todo con el del comer, “al principio me gusta, disfruto, pero luego no”.

El “desorden” descrito se enlaza en Ana, explícitamente, con “la mirada de los chicos”, “sobre todo de los que me gustan”, y concluye: “no soporto los espejos”

- “Siempre tengo que estar demostrando”, fatigada ante unas demandas constantes para puestos de responsabilidad en su trabajo. Se describe insaciable en ello, y sobre todo –relacionándolo con el comer- “es todo o nada, si empiezo no paro”.
- El miedo, según sus términos, ha ocupado un importante espacio en su vida, miedo a los hombres, a su posible violencia y a su pérdida de control; pero también con respecto a sus parejas sucesivas (y a su padre), “miedo a que hagan lo que quieran conmigo”.

5. PEDRO 1

- Pedro era un hombre de 43 años cuando contactó por primera vez en psiquiatría. Nacido en los laterales de la península es el segundo de 4 hermanos, casado con 3 hijos, que tenían en ese tiempo 7, 5 y 2 años, siendo la mayor una niña. Desde entonces hasta la actualidad han pasado algo más de 12 años.

Su demanda inicial se refería a la “apatía y el desinterés”; bañado sobre todo por el aburrimiento, un poco en el sentido de Schopenhauer cuando señalaba que quien se aburre no echa en falta el objeto de deseo, sino este último, el mismo deseo. Cierta aire escéptico se confundía con la propensión al elitismo.

El aburrimiento era extensivo a las relaciones familiares en un “soy un mal padre porque me aburro con mis hijos”; en general quizá más agresivo (de palabra) o reivindicativo que culpable.

Ya desde el inicio se apreciaba un toque “poeta maldito” en el sentido –casi explícito- de “si soy oscuro, voy a ser lo más negro posible”. También desde el comienzo describía un aumento significativo en la habitual ingesta de alcohol, especialmente de vino, en las comidas.

- De profesión científica, Pedro había demostrado pericia en las materias que trataba, y menos habilidades en las relaciones con colegas y con responsables. Se añadían algunas críticas irónicas a la atmósfera política y a lo que juzgaba como autoengaños e ilusiones en buen número de las gentes que lo rodeaban. Buen lector y, sobre todo, buen evocador en los momentos oportunos de las frases y contenidos leídos. Sus preguntas sobre el sentido de la vida iban más allá de las poses intelectuales: tal vez lo que estaba, o no estaba, entre sus manos era su capacidad de “quererla” al habitar una vida que le resultaba inhóspita, y cuya supuesta falta de entendimiento no era sino secundaria.
- Todos estos aires opositores chocaban con su transcurrir vital plácido y – aparentemente- pasivo
- Nos hablaba de “sueños cortos y seguidos, no como en televisión, sino como en cine y en surround”, sueños e imágenes que sin embargo no recordaba. “He llegado a la conclusión de que somos animales, solo animales” tal propósito es el prólogo que justifica su irritabilidad en familia: “estuvimos en el campo con los niños, y hay que darse cuenta que no está hecho para nuestra diversión, hay bichos, hay huecos, hay que andar con cuidado”; “los niños... nos hacemos fantasías, pero son críos... y nada más”.
- Pedro acude con alguna frecuencia a su ciudad de origen. Menciona con distancia a una madre “ocupada criándonos a todos” y un “honrado” padre, aún más distante, del que prácticamente no habla. No así sucede con un tío paterno hombre que valora y con el que siempre ha tenido una respetuosa complicidad. Los hermanos también estuvieron largo tiempo ausentes en su discurso y asociaciones.
- La esposa lo describía como “tímido y casero, siempre ha sido así, pero ahora (en esos primeros meses) de forma exagerada, está acobardado”. De hecho había restringido incluso el acompañamiento de los hijos al colegio. La falta de interés en hacerlo se combinaba con algunos temores, casi, de tinte fóbico.

- Durante los 2 primeros años de consultas (siempre en su caso intermitentes), cambia –“sin ruidos”- de tipo de trabajo por razones que situaba como desconsideraciones y presiones que “tocaban la ética profesional”. Según el modo de la zorra y las uvas afirmaba: “me ha dejado de gustar esa profesión”. Animo bajo y desaliento se combinaban con una irritabilidad poco expresada más allá de lo que sucedía en el núcleo familiar. El cuerpo se mostraba en algunas crisis de ansiedad moderadas y en sensaciones de mareo; después atribuía sus temores para salir y conducir a los miedos, al mareo posible.
- Tras una baja laboral, dada su posición de funcionario y de las oportunidades laborales que se le presentaron, cambia nuevamente esta vez de lugar y de contenido en sus tareas profesionales que le obligan a un reciclado en sus conocimientos. No se siente bien recibido en la nueva empresa y él carga en su escepticismo energías que le desbordan, siempre con unas maneras que, sonriendo, califica como “británicas”. Algunos meses después, pocos, Pedro empieza a expresar sus reivindicaciones en el ambiente laboral, y, ante la sorpresa de sus allegados, comienza a desempeñar labores en el comité de empresa exclamando jubiloso que “me importa menos mi trabajo, y lo que no puedo es permitir los maltratos a los compañeros que se están produciendo”.
- Entre abril y diciembre transcurren los últimos acontecimientos descritos. Tras ese periodo su esposa nos comenta que “Pedro va mejor en todo, el tema es que se vende mal, y aun así la gente le quiere, está muy bien”. Y sin embargo pronto las cosas comienzan a ir mal, o al menos su opinión sobre ellas. Despectivo con las ilusiones de los demás, cáustico y calificándose de “naturalista”. La relación con sus hijos, que no había variado demasiado, vuelve a los registros más bajos anteriores.

6. OPUESTOS

6.1. PEDRO 2

- Ya en los tiempos iniciales sorprendía en Pedro la diferencia entre su discurso y actitudes en las entrevistas y las descripciones de cómo le veía su esposa y –al parecer- también el resto de su familia: entre la tormenta y la calma.

Pedro y quien iba a ser su esposa se habían conocido en la primera juventud, universitarios ambos y de la misma edad; durante su noviazgo, Pedro consigue trabajo en nuestra ciudad desplazándose a ella y retornando donde su novia los fines de semana. Los “amores” iniciales se habían en parte “enfriado” –según sus palabras- pero ello no impide que ambos quieran casarse, y así lo hacen unos años después. Es solícito primero y poco emprendedor después en la relación con una esposa enérgica y capaz que ante la pasividad del marido tomaba las decisiones y sino realizaba las actividades al menos estaba obligada a “llevar la agenda” (en términos de la pareja).

- En el periodo siguiente, tras un ventajoso ofrecimiento de trabajo en su ciudad de origen, se traslada Pedro con su familia de ciudad hasta el verano siguiente; “contra mi opinión tuvimos que volver porque mi esposa no encontraba trabajo”. “Cada vez que quiero hacer algo de interés –nos dice Pedro- me sale mal”. Los meses siguientes en que se reincorpora a su trabajo anterior son penosos, agravándose las quejas somáticas: “hinchazón gastrointestinal”, sensaciones de inestabilidad, ahogos. Teme la posibilidad de un infarto y el ánimo es depresivo. Se añade que “jugando con los hijos” se rompe el hombro. Progresivamente aumenta el consumo de alcohol de manera incontrolable y, estando él de acuerdo, se inicia su seguimiento y tratamiento en el COTA.
- Cada vez que vuelve la abstinencia del alcohol, o algún control sobre él, vuelve la tristeza y la ironía expresada entre dientes, vuelve también el orden y el “sentido común”, y también las oscilaciones entre los aires huraños y los complacientes, casi sumisos.

6.2. ANA 3

- De estos vaivenes, o simultaneidades, sabe también Ana. “Para que rabie el capitán –exclama-, no como rancho”, a este comentario suyo se sigue como conclusión “cuando en casa digo no y no, solo espero una bofetada... me comporto como una niña”. Ana asocia estas actitudes con su vida habitual en la profesión: “O soy una broncas, o tengo la impresión de que me humillo”.

- Las querencias anidan en nichos de conflictos. Sin sorpresa ni captando oposición alguna describe Ana una madre “sin relaciones sexuales desde sus 45 años” y que “aún hoy se cuida en su apariencia física para que –según ella- no le deje mi padre... incluso se pone camisones sexys para atraerle”.
- “No puedo soportar que me gusten, y lo hacen, gente como mi padre, dictadores...”. “Tampoco soporto que me parezca yo a mi padre... un chico ‘duro’ en mi trabajo me dijo que yo podía ser muy corrosiva, y no me siento así”.
- En estos parajes de pensamiento y práctica, tal vez no partimos de la unidad, sino de una dualidad de base. El hombre, como animal mamífero y social que habla, está construido según la relación con sus semejantes: es el “yo soy una muchedumbre”. La consciencia (de la individualidad), confundida con las relaciones, asienta y se asienta en esa dualidad de base que mencionábamos. Es como si toda querencia en la relación con el otro implicase simultáneamente:
 - Un anhelo de unión (expresado según los casos como cariño, amor, amistad, apego, etc.) en tanto franca relación de objeto o juego de identificaciones.
 - Un anhelo de separación (expresado en sus opuestos) traducido en la relación de objeto y en lo que podríamos denominar “identización” (Tap) diferenciadora.

Los conflictos, en parte epifenómenos evolutivos (como lo es en otro plano la angustia implicada en la anticipación de la muerte), no pueden sino surgir y podrían tener que ver, para su elaboración, con los aspectos más retóricos ligados al uso de los símbolos en el pensamiento y en el lenguaje verbal.

- ¿Puede darse el amor sin el odio?:
 - No, desde el punto de vista del sistema de la lengua.
 - Sí, desde la perspectiva de la vida, de la experiencia, de la querencia.

¿Qué queremos decir con ello?.

- Aceptar que “quiero a María” y simultáneamente hacerlo con un “odio a María” puede funcionar con magnitudes parciales o relativas (“le quiero mucho, pero le odio un poco”, o sus variaciones). Sin embargo resulta imposible y se traduce en conflicto paralizante la confluencia –consciente- de

ambos querer opuestos absolutos. Sin embargo, una cosa es querer (querencia (i)) a María y otra querer hacer el amor con María (querencia (v)). En el caso de la ingesta es clara la distancia entre “me gusta el ron” o “beber el ron” y “me gusta (ponerme en marcha para) beber el ron”.

El consumo nos lleva hacia las dos alternativas:

- Querencia (i) y querencia (v) consecutivas (“me gusta el chocolate, y me gusta ponerme en marcha (gesto) para comer chocolate”).
- Querencia (i) y querencia (v) espaciadas por un intermedio de tinte deliberativo (“me gusta el chocolate, pero me gusta más mantenerme sano, no voy a comer chocolate – me gusta no comer chocolate aunque me gusta el chocolate”).
- Nada puedo hacer para que surjan, o no lo hagan, las querencias sino es indirectamente como Ulises en el mástil o como la propuesta evocada de la zorra con las uvas (Elster). Otro es el caso de lo relativo a la volición.
- Ciertamente no hay vida y su experiencia humana sin sistema de la lengua. Ana o Pedro experimentan odios y amores con magnitudes independientes. Sienten y en el mismo movimiento nominan esas vivencias, cuando saben de ellas. Como querencias –desde la aproximación lingüística- odio y amor se solicitan uno al otro, pero a través de un punto quebrado de (extraño) enlace.
- Puesto que la ambivalencia no solo es vivencia posible sino constante, el gusto por o la repugnancia hacia (como la querencia positiva y la negativa) no pueden formar parte de los dos extremos de un mismo eje semántico unidimensional. Puede Ana querer a su pareja o a su padre, y puede –como de hecho lo hace- mantener una significativa carga de tinte odioso hacia ellos. Lo que hace a tales variables independientes.
- No obstante, precisamente, podemos hablar de ambivalencia porque en algún punto esa “ortogonalidad” se diluye en una conexión que permite la denominación.
Si situamos en abscisa y ordenada las dimensiones, y reflejamos como puntos en el espacio la unificación individual, el cero es el encuentro; es como si pudiésemos definir una ausencia cualitativa diferente (un “cero” distinto) según se trate –en este caso-, digamos, del amor o del odio, como si hubiese dos indiferencias cualitativamente diferentes según la escala del odio o la del amor.

- Lo que no es bueno o bello, no es forzosamente malo o feo, lo que no es sabio, no es necesariamente ignorante, defendía Diotima en el Banquete (Platón). Eros, el amor, se presentaría como intermedio entre la divinidad y lo mortal; marcado así en sus orígenes por Poros y Penia, por la riqueza y la pobreza. Es también el caso de la opinión (doxa) como intermedio entre el saber y la ignorancia.

El amor como intermedio (entre la belleza/fealdad, sabiduría/ignorancia, inmortalidad/mortalidad), como fuerza que une y relaciona, se hace – conservando buena parte de los atributos- “amistad” en Aristóteles.

Su opuesto en tanto poder de separación de discordia es el Eros “desmesurado” de Erixímaco -también en el Banquete- confundido con el odio. Esa capacidad de enlazar los opuestos es al fin y al cabo quien define al símbolo (entendido aquí en tanto que forma pareja con el signo en su sentido restrictivo).

- Volviendo a lo escrito, en realidad el campo que en estas líneas nos ocupa es el de las querencias y no tanto el que se circunscribe al objeto de ellas. Mientras que unirse/separarse, como amar/odiar o entrar/salir se comportan como los dos polos de un eje semántico. De forma distinta, querer unirse/querer separarse, o las alternativas en las que un sujeto ama a P/un sujeto odia a P, forman, esta vez, dos ejes semánticos perpendiculares enlazados según una dual indiferencia en el caso de las querencias.
- Las querencias opuestas saltan de lo contrario/contradictorio a lo incompatible, del discurso al movimiento en la realidad. En el caso de los opuestos contrarios (Ana quiere aproximarse a P vs quiere distanciarse de P) podría descomponerse el objeto de la querencia (le quiere por las razones a, le odia por las razones b), sin embargo al ser uno el objeto P surge el inevitable conflicto.
- En cierto sentido, también desde las líneas neurobiológicas, las respuestas de cuidado, como las de apego, y las respuestas de separación (“pánico”) se constituyen en dos sistemas con particularidades distintas (Panksepp) y no como los polos extremos de una dimensión lineal.

7. COMER Y BEBER

- Comer y beber, como jugar, son ante todo gestos, movimientos y haceres, cuerpo en acción clónica o tónica, en movimiento o en tensión. De ahí que más allá de querencia (i), la querencia (v) como propuesta de acción (“querer hacer X”) marque en buena medida los conflictos.

- Pero beber o comer son haceres llevados a cabo a favor o en contra de alguien, con efectos sobre alguien, en comunidades, etc., es decir: son haceres relacionales que sitúan al sujeto (también por tanto corporalmente) en las relaciones. Comer y beber implican, más allá de la propia ingesta, consecuencias con respecto al cuerpo (obesidad, debilidad y fortaleza, malestares y bienestar, sensaciones diversas en cogniciones y captaciones, etc.).
- El placer inicial –preliminar si se quiere- es sobre todo de anticipación (también condicionado), Ana es consciente, con evidencia sensible, de los “me gustan” papilares y también de los consecutivos al ingerir/tragar, también de sus anticipaciones. De manera opuesta es consciente del displacer, esta vez, generado por las consecuencias (el aumento de peso en sus implicaciones sobre su atractivo físico lanzado en llamada hacia los hombres). Sin embargo durante un largo periodo no es consciente de las implicaciones que el ingerir alimentos/gordura tiene sobre el movimiento identificatorio con las figuras masculinas potentes; tampoco es consciente –en lo multifactorial- de lo que sus formas pueden tener que ver con un rechazo propio no consciente de algunas posiciones heterosexuales.
- Jugar es claramente un riesgo, quien juega: se la juega, se arriesga (que es tanto como decir lucha y se opone). Se puede jugar con juegos oficiales consensuados, y se puede jugar con las drogas, también de otras múltiples maneras. Pedro juega con el alcohol y pierde, al menos en los primeros abordajes.
Directamente parece experimentar simetrías conscientes de poder, en luchas ilusorias algunas, que –sin embargo- no relaciona con el ingerir alcohol. Es francamente consciente del placer que le produce una relativa atmósfera anestésica y menos de los efectos tonificantes sobre el osar, sobre el atreverse a tomar iniciativas en la búsqueda de distancias oportunas.
- Pedro, con palabras medidas, deja entrever una madre capaz, potente y poco afectiva, “siempre ahí”, “cubriendo y respondiendo a lo que necesitésemos”. Es el caso también de su esposa, juntos desde jóvenes, se presenta sin fallos en la organización de la familia, de la vida diaria, del ocio y de las “vacaciones” (a las que se siente arrastrado).
Pedro experimenta “poca cintura” en casa, todo está previsto, aparentemente –además- muy bien previsto: pero no por él. Y a pesar de esto, y también por esto, Pedro teme oscuramente tomar distancias, y cuánto más enfrentarse: tiene miedos, temores sin objeto preciso conocido o proporcional. Es, pensamos, un aspecto de su camino a la bebida abusiva.

- Ana dice, también, buscar un placer directo en el comer, y sobre todo en esa parte que es el tragar. Pedro ha sabido, dice, “paladear el buen vino”, pero su beber en estos últimos tiempos es un medio, es un procedimiento para mediante la desinhibición atreverse, oponerse, tomar distancias. Pero en otras ocasiones ese beber es también un “encontrarse ahí”, bebiendo, sin aparentemente razones conocidas o desconocidas.

Ana, además, se encuentra ante complejas disyuntivas en esos movimientos del comer: ingiere alimentos en situaciones ambiguas, “cuando no sé lo que va a pasar, y me estoy jugando cosas”; aunque “si cierro carpetas (en las relaciones afectivas), aunque no logre lo que me hubiese gustado, me pongo triste, pero no como”.

- Es el juego de distancias quien parece marcar estas vicisitudes. Cuando el hecho de comer se centra en sus consecuencias (sobre el peso y la imagen corporal), se sube o se baja de peso, se adquieren formas que diluyen o subrayan similitudes con los otros significativos, y también con las figuraciones idiosincrásicas y culturales de la masculinidad/feminidad.

Comer o beber son un paladeo y un tragar placenteros, pero además la comida y la bebida son objetos metonímicos solapados en los cuidados y en quienes cuidan, asunto de querencias también.

A los opuestos en el comer/no comer/comer lo inapropiado (prohibido, sucio, etc.) se añaden el engordar/adelgazar y la serie relativa a la salud física; pero también son a considerar los modos en los que comer/no comer se inscriben en las relaciones de unión/separación con los otros.

Añádanse en el beber/no beber alcohol los efectos ligados al deshacerse de las inhibiciones y –en común tal vez con aspectos de la anorexia- al triunfo ilusional sobre las leyes de la naturaleza y de la cultura.

- Retornando al Banquete diremos que tal vez se dé en Alcibíades un amor no correspondido ante la petición al filósofo amado de un algo de lo que ambos – amante y amado- carecen; pero de forma muy expresiva, como incluso su tormentosa y contradictoria biografía posterior lo muestra, Alcibíades admira, ama, y –también- teme, odia. A la vez y al mismo. Como una especie de joven rico evangélico que teme des-diferenciarse y confundirse en la renuncia total.

- Seguimos pues en estas líneas a tantos autores que sostienen que como seres humanos estamos definidos en la vinculación, lo que da a esa supuesta entidad un carácter conflictivo íntimo, constructivo y permanente. La búsqueda de la distancia oportuna refleja tales menesteres.

Y las adicciones/dependencias forman terrenos propicios para pensarlas como vinculaciones, en algunas acepciones son casi sinónimas. También la heroína y

la cocaína, sus dependencias, tendrían directamente que ver con factores relacionales, como así lo afirma Hari basándose en los trabajos, sobre todo, de B. K. Alexander.

- Ana se aproxima a un padre, después a unas parejas eventuales, sumando en sus querencias opuestos inconciliables, querencias que solo en el símbolo pueden unificarse: simultáneamente “ama moderadamente” y a la vez lo hace de manera “incontinente”, “quiere sí -X”, “quiere no-X”. Su boca/garganta y – en parte- su aparato digestivo “son y no son”, se hacen símbolos de contenidos opuestos: Ana come más allá de las puras consecuencias sobre sus formas corporales.
- Pedro no busca caricias alternativas, tampoco sustituir relaciones de objeto por identificaciones (Freud 1), su beber se asemeja más a la anorexia que a la ingesta abusiva de alimentos, su beber borra el temor y se hace oposición, los opuestos corresponden tal vez más a la simultaneidad del “si quiero X” y del “no quiero X”.

8. PEDRO 3

- Durante los 5 años posteriores Pedro es seguido, también hospitalizado en varias ocasiones, por el programa de alcoholismo del COTA. Pedro con “más penas que glorias” mantiene su trabajo con un cambio de funciones que –en parte- le había interesado.
Las ingestas abusivas de alcohol, ya “públicas” en el medio familiar, aíslan a Pedro con respecto al grupo formado por su esposa y los 3 hijos. Lo que al principio es descrito como doloroso, se hace después reivindicativo: Pedro les acusa de falta de comprensión y de “no entenderme ni dejarme tranquilo”, y todo ello sin la menor muestra de afecto por parte de Pedro (salvo en lo que corresponde a su irritabilidad sosegada).
- Pedro, que adopta también un aspecto más abandonado, se muestra satisfecho de la desinhibición que le produce el alcohol: “y es que no hay que olvidarse que Churchill –dice- hizo sus mejores tratados políticos bebiendo”. Su mirada se hace aún más irónicamente agresiva, y dice sentirse por fin capaz de decir las cosas; entre ellas las que conciernen al “egoísmo” y “dominio” que habría ejercido sobre él su esposa: “yo cedía en todo y sin darme ni unas gracias, y ella sin darse cuenta”.

La distancia con esta última se consolida bruscamente mediante los encuentros de Pedro con una mujer de la que dice haberse enamorado (mujer de otro país a la que presta ayuda sostenida económica y con la que se plantea la convivencia). Sus movimientos son descubiertos por la esposa que encuentra en casa, durante una hospitalización psiquiátrica, cartas y datos de la nueva relación casi dejados en exposición por Pedro.

- A la separación sigue un divorcio rápido y, sorprendentemente, poco doloroso para Pedro quien a la primera nueva pareja hace suceder con rapidez una segunda de procedencia aún más lejana, en un contexto exagerado y casi novelesco. También es así su segunda fracasada tentativa de suicidio que deja “las pastillas” para recurrir a la electricidad cubriéndose de sal y con un “poco de humedad...”
- La indiferencia agresiva y la distancia entre él y su (ex)esposa (en menor grado con sus 3 hijos) contrasta ahora con el desarrollo de la relación con su familia de origen. El padre siempre descrito como poco expresivo y ausente se hace presente. La madre “con su preocupación habitual me es ahora más necesaria” –afirma Pedro-. Sus hermanos le solicitan (especialmente “el mayor”), “la verdad es que mucho más que mis hijos”, concluye el paciente. Sin embargo el movimiento es inverso con respecto a un muy próximo tío paterno, ya citado, con el que desaparece todo atisbo de relación.

9. ANA Y PEDRO 2

- Ana luce cálida, incluso cariñosa, en sus modos habituales, más ejecutiva e hiriente en sus combates profesionales (especialmente con rivales masculinos de alguna edad). A pesar de ello parece mantener una carga emocional positiva en el sentido afectuoso, aunque con frecuencia ambivalente. Pedro, en general distante, disfraza con su timidez y sus miedos una mirada elitista. La expresión de los afectos se tiñe de ironía. Su empatía (en el sentido más cognitivo) y su simpatía (en la aproximación más emocional y de contagio) son pobres, incluso cuando se refiere a los más allegados.
- La relación de Ana con sus parejas había sido corta en su duración y acontecimientos, larga en anticipaciones y olvidos, también en ensoñaciones. Se ha tratado de jóvenes capaces y desenvueltos con los que las cortas relaciones han sido poco cargadas de sexualidad genital.

Se añaden algunos amigos con los que en algún momento se dio cierto esbozo romántico y que vuelven después a la categoría general de amigos.

Los primeros son generadores de agitación y de un “gustoso malestar”, los segundos se comportan como cómplices.

- Más allá de la que ha sido por largos años la esposa, en Pedro hay un todo/nada y un ahora/nunca también en las relaciones fugaces que ha sostenido; todas ellas empujadas o permitidas por los períodos de gran consumo de alcohol. Los extremos, sobre el modo par/impar, no dejan intermedios: sus parejas han sido punto por punto diferentes de la mujer con la que ha convivido y creado una familia. Quejoso de una poco imaginativa vida sexual previa, las cosas han sido pretendidamente distintas con esas posteriores parejas.

10. ANA 4

- Los últimos comentarios de Ana cuando deja de acudir a las consultas, por razones de su traslado de ciudad, tienen que ver precisamente con su padre y con sus artes propios de seducción.
- “Mi padre, nos dice, no se cuida, está obeso”, en buena medida no es lo que era, y su fortaleza “deportiva” se ha trastocado en “obesidad flácida”, aunque siempre potente. “Es un patriarca, continúa Ana, aunque tiene cinco años menos que mi madre”.
- “Ultimamente hasta me pinto... antes, cuando pensaba que podía querer adelgazar solo por gustar a los hombres me iba inmediatamente a la cocina, a comer”...

11. AJUSTES Y DESEOS: ANA Y PEDRO 3

- Siguiendo la dirección de ajuste entre el sujeto y el mundo, la querencia (i), como la creencia, el juicio o el temor y también la emoción, se ajustan al objeto en cuestión, se dirigen hacia él en acomodación (Piaget). La querencia (v) como la promesa, la orden o el ruego pretenden asimilar el objeto en un mundo que se ajusta al sujeto.

Aunque en las adicciones se suman las propuestas, quizá podemos, con alguna arbitrariedad distinguir:

- El ámbito de la “adicción-desde” por la que dependo del objeto. Marcado por la acomodación de la querencia (i), allí lo más señalado es “mi ajuste al objeto”.
- El ámbito de la “adicción-hacia”, solapado con la asimilación de la querencia (v) donde –sobre todo- “el objeto se ajusta a mi”.

La segunda sería así sellada por el “querer ponerse en marcha” (el querer hacer), y la primera por el más elemental “gusto por”. Como en el caso de las querencias podría darse, llevando las diferencias al límite, una “adicción-desde” sin una “adicción-hacia”, y viceversa.

- Así pues si en la “adicción-desde” el objeto se cubre con la querencia (i), (el objeto cae sobre el sujeto), lo contrario sucede con la “adicción-hacia” en la que el sujeto se lanza hacia el objeto; en la primera soy bañado por el objeto de esa querencia sumida en la pasividad. La dependencia-desde luce cerrada y solipsista, así se presenta Pedro en sus intensos momentos dependientes solapados con el objeto que se hace fin, perverso desde esa aproximación. En el momento adictivo-hacia, Pedro se relaciona, supuestamente mal, pero lo hace. El beber, como verbo, solicita entonces complementos, cómo, para qué, con quién, hacia quién... En el momento adictivo-desde Pedro parece reinar en solitario, es un “yo quiero beber” casi asocial: bebe el alcohol y el alcohol le bebe, sujeto y objeto se diluyen.
- Se dibuja la silueta de un entramado que como una red engloba aspectos del enamoramiento, de la adicción, de la obsesión, y también de esa primera dependencia que se dirige hacia el otro significativo.
“De la noche a la mañana” vinieron y se fueron los desbordados intereses de Pedro por sus “nuevos amores”. Mientras duraron, el interés era absoluto, el anhelo de proximidad/intimidad también. Ellas no se le iban de la cabeza, en su caso tampoco lo pretendía porque -además- esa atadura mostraba su rechazo a la relación previa con su esposa: protestaba con ello, tomaba distancias.
- En otros casos desaparece esa “egosintonía”; “viene y se pega a mi” nos decía una paciente evocando imágenes y palabras de un –supuesto- enamorado con el que se debatía a través de Internet. Su esposo ignorante de los hechos, ella – de fuertes valores religiosos- culpabilizada, quebrada pero impotente para romper una relación de varios meses: “no puedo evitar escribirle, y no puedo cuando empiezo dejar de hacerlo...”. El todo relatado de forma nerviosa, entre suspiros y ojos enrojecidos, doblándose los dedos al jugar con ambas manos.

- Y en estos afanes homosexualidades y heterosexualidades se enlazan. Es también el caso de las disimetrías en la edad de esas dependencias y enamoramientos que saltan las posiciones y las generaciones: querencias como en la vieja Grecia a las que –en estos asuntos- no hay modo de no acudir.
- El deseo como carencia ha abierto su camino en el pensar de occidente, es ya banal afirmarlo. El deseo determinaría su objeto. El deseo que no anhela sino otro deseo (en forma de deseo del otro) del que se torna objeto. El deseante hegeliano absorbido en ese juego, peligrosamente confundido, se lanzaría a destruir el objeto para apropiárselo. El camino que ello supone nos colocaría según Lacan en ese mundo “imaginario” sin salida. Se conocen las consecuencias y la propuesta de su necesario rescate por lo “simbólico”.
- Hay no obstante otros caminos, otras versiones, que a veces se complementan en complejas reflexiones. Seguimos nosotros aquí, como se decía más arriba, posiciones que en cuanto a este tema suman en el deseo, tras la adquisición del lenguaje:
 - La querencia (i), que nos ajusta al mundo; el deseo es aquí carencia, “lo que es (tiene) el mundo yo no lo soy (tengo)”.
 - La querencia (v), por la que –pretendemos- ajustar el mundo a nosotros; el deseo es aquí empuje “lo que soy (tengo) lo impongo al mundo”.
- Pedro quiere tomar distancias de su esposa, y en parte de la familia que ha construido. Lo hace por largo tiempo a través de intereses y prácticas intelectuales, lo hace con el silencio y la aceptación sorda de las consignas, con un baño de escepticismo y de ironía. Pero es insuficiente.
- Ana viene y va en sus querencias; cuando –por ejemplo-, antes de hacerlo, quiere comer con abuso, como en todas las querencias hay un presente y un futuro: mientras que en el porvenir se esconde y se manifiesta el querer como carencia (no tener), en el presente se expresa ese querer ser (y del ser), sea certero o sea errado. No podemos sino asociarlo con el “esfuerzo en perseverar en su ser” de Spinoza: como afecto pasivo pero también en su vertiente activa, consciente o menos, compulsivo, impulsivo o deliberativo.

12. OBJETOS Y DESEOS: ANA Y PEDRO 4

- La identificación de Ana con su padre puede situarse como un mecanismo de defensa. Además resulta ser una ilusión: la gordura/amplitud de formas no es sino mimetismo iluso, un sucedáneo ineficaz de la potencia anhelada. Contrariamente se hace más eficaz como desplazamiento de la propuesta de presentarse como objeto atractivo para las eventuales parejas masculinas.
- Más precisamente, lo que pretendería Ana no es estar gorda/potente, sino despertar el reconocimiento, interés y valoración en el padre; también diferenciarse de la madre.
En otros términos, ella desea ser objeto del deseo del padre, en tanto reconocimiento (¿no en tanto objeto sexual?).
- Las querencias dirigidas al tener y al ser corresponden a la distribución que en Freud (2) es paralela a la del deseo de objeto, elaborado según la teoría de la sexualidad, y a la del deseo dirigido a sí mismo (narcisista).
- Por tanto la gordura que (se) tiene sería un anzuelo, pero la que (se) es cumpliría labor de identificación en tanto que esta vez Ana desea ser el deseo del padre (no el objeto de ese deseo) (A. Azar).
- Pero en la ingestión de comida hay, además, una trampa, el anzuelo se clava en el pescador: “yo me lo guiso y yo me lo como” podría decirnos Ana. El medio se hace en parte fin; quizá tanto por sus dotes ligadas al símbolo en tanto representación de opuestos, como por sus aspectos condicionales/condicionados, con bordes anatomofisiológicos encefálicos.
- “En mi familia se bebe mucho”: ¿quién?, no lo precisa Pedro que lanza el propósito como una exclamación. En cualquier caso, su beber alcohol de manera abusiva busca diluir miedos, y tal vez prohibiciones; pero su precipitado, la valentía, aunque logra que tome distancias con personas significativas que siente como mordaza de su espontaneidad, le lanza hacia el exceso, a la no-oportunidad en la distancia.
- La ilusión del poder separador de ese beber alcohol le devalúa hacia afuera, pero también hacia dentro, le debilita y acobarda a la postre: hasta su cuerpo, enfermado, lo proclama.
- Pedro quería dirigir el juego en la pareja, también en el capítulo genital, quería que “ella” (y “ellos” si añadimos a los hijos) le quieran según sus modos propios. También, en otros términos, pretende no ya ser el objeto de los

deseos, sino que dirigiéndose al núcleo de estos últimos en los otros anhela transformarlos, modelar esos deseos ajenos.

- Pedro también cae, o se derrumba, iluso y condicionado.

13. NOTAS FINALES

- Las querencias eligen, y crean en cierto sentido, el objeto de deseo. Pero lo hacen según un abanico de posibilidades enmarcadas en y desde un continuum previo. En este último sentido el deseo no crea, encuentra (al menos la categoría).
- Sobre los opuestos y los conflictos podría decirse que para que no se diese necesariamente algún grado de conflicto o de inadecuación, habría de darse también algún modo de armonía preestablecida. ¿Podemos querer cualquier objeto?, ¿las significaciones pueden navegar en todos los caminos de signos y unidades léxicas?.

Pedro busca en sus nuevas relaciones sentimentales seres humanos con ciertas características generales. Aún desde la perspectiva de los “parecidos de familia” (Wittgenstein), no todo vale, el objeto concreto es inespecífico, la clase o grupo seguramente no. Sugerimos pues que en el nivel de la clase objetal podemos hablar de armonía preestablecida, que es tanto como decir de adecuación. Así pues, todo objeto preciso es inadecuado y no puede sino serlo puesto que tal armonía pertenece a un nivel de abstracción diferente. La clase es un marco de posibilidades, y no es más que ese marco.

- ¿Por qué la inadecuación evocada?:
 - Porque querer se conjuga en primera persona en tanto querencia consciente, concreta y limitada, siempre sobrepasada cualitativamente, y también definida en sus límites por la gran querencia que nos atraviesa como categoría o clase en el marco de las posibilidades.
 - Porque al co-construir el mundo y los objetos, tanto en su sentido cognitivo como en el afectivo, opinamos.
 - Porque oscilamos en las posiciones desde el momento en que “quererte yo es, también, un quiero que me quieras, y eso depende de ti”.

- Porque el deseo en la relación y en la búsqueda de la distancia oportuna es un “Si pero No” y un “No pero Si”.
- Los conflictos están acechantes, las oscilaciones y las simultaneidades en los movimientos parecen hacerlas inevitables:
 - Querer es que me quieran.
 - Querer a la persona, al elemento, a la idea, a la cosa es asunto que incumbe –siempre- a las relaciones en interacción y, a menudo, en competición con las querencias de los otros.
 - Quiero que me quiera, pero como yo quiero que me quiera. Querer es no querer del todo, ni querer ser querido del todo.
En el encuentro/desencuentro narcisista andrógino tampoco no nos aclara Aristófanes (Platón) cuáles serían los vaivenes de cada una de las subjetividades antes y después de las escisiones y los reencuentros.
 - Querer, es preferir: asunto de varios o múltiples querereres en competición.
 - Querer es asimilar y es acomodarme al mundo. Es espíritu y carne (como todo lo humano).

14. EPILOGO: ANA Y PEDRO 5

- Y ¿sin embargo?, “con el cuerpo hemos topado, Sancho”. Ana en su despedida seguía, aunque habiendo bajado significativamente de peso con su poderoso y fornido aspecto; Pedro inmerso en una relativa reciente alta tras el último ingreso para desintoxicación alcohólica, y con serias complicaciones somáticas tras una peritonitis consecuencia de una diverticulosis intestinal ignorada.

BIBLIOGRAFIA

- ✚ Azar A. Les deux Formes canoniques du désir au regard de l'enigme de l'autre. Ashtaroût. Dulletin volant. 2011-0416: Sp.
- ✚ Alexander BK. L'heroine et la cocaïne provoquent-elles la dependance? au Carrefour de la science et les dogmes établis. In P. Brisson (ed) L'usage des drogues et la Toxicomanie. Montreal: Gaëtan Morin 1994.
- ✚ Aristóteles. Etica micomágnea. Barcelona: Biblioteca Básica Gredos 2000.
- ✚ Carnicer R. Sobre el lenguaje de hoy. Madrid: Prensa Española 1969: 83-86.
- ✚ Eco U. Semiótica y filosofía del lenguaje. Barcelona: Lumen 1990.
- ✚ Elster J. Ulises desatado. Barcelona: BEG 2002.
- ✚ Freud, S. (1). Psicología de las masas y análisis del yo. Obras Completas. Tomo VII. Madrid: Biblioteca Nueva 1973.
- ✚ Freud, S. (2). Introducción al narcisismo. Obras completas. Tomo VI. Madrid: Biblioteca Nueva 1973.
- ✚ Hari J. www.chasingthescream.com
- ✚ Huneus F. Lenguaje, enfermedad y pensamiento. 4ª de. Santiago de Chile: Cuatro Vientos, 1994.
- ✚ Kojève A. Introduction à la lectura de Hégel. Paris: Gallimard 1979.
- ✚ Lacan J. Le séminaire. Livre I, les écrits techniques de Freud. Paris: Seuil 1975.
- ✚ Levi-Strauss C. El pensamiento salvaje. Mexico: Fondo de Cultura Económica 1964.
- ✚ Panksepp J. Affective neuroscience: The foundations of human and animal emotions. New York: Oxford University Press 1998.
- ✚ Piaget J. La naissance de l'intelligence chez l'enfant. Neuchatel: Delachaux et Niestlé 1977.
- ✚ Platon. Diálogos I. (Banquete: 694-765) Madrid: Editorial Gredos 2011.
- ✚ Plutarco. Sobre el amor. Madrid: Espasa-Calpe 1990.
- ✚ Robinson TE; Berridge KC. 2003. Addiction. Annual Review of Psychologie, 54: 25-53.
- ✚ Scheler M. Amor y conocimiento y otros escritos. Madrid: Palabra 2010.
- ✚ Schopenhauer A. El mundo como voluntad y representación. México: Porrúa 2000.
- ✚ Tap P. Identité individuelle et personnalisation. Toulouse: Privat 1986.
- ✚ Wittgenstein L. Investigaciones filosóficas. Barcelona: Crítica 1988.
- ✚ Zuazo J I. Sobre la afectación (I): Afectación y sentires. Anales de Psiquiatría 2003; 19,6:217-234.
- ✚ Zuazo J I. Aspectos diagnósticos psiquiátricos, distancia oportuna, lenguaje y psiquismo, (ii): los afectos, las neurosis y los trastornos de personalidad. Escritos 28.2. www.zuazopsi.com
- ✚ Zubiri X. Sobre el sentimiento y la volición. Madrid: Alianza Editorial 1993.